(18)

SAYNETE,

INTITULADO

EL FANDANGO DE CANDIL,

REPRESENTADO EN LOS TEATROS DE ESTA CORTE:

PARA VEINTE Y TRES PERSONAS.

CON LICENCIA

EN MADRID AÑO DE 1792.

Se hallará en la Librería de Quiroga, calle de la Concepcion Gerónima.

SAYNETE.

EL FANDANGO DE CANDIL.

PERSONAS:

Pugitos.
Modorro.
Apolinaria.
Medio-culo.
Conchitas.
Pocho.
Cuchara.
Doña Juana.
Doña Leonor.
Don Jorge.
Un Abate.
Un Señorito.
Don Sebastian.
Márcos.
Tomasa.
Culebra.
Manolo.
Tia Mari-Sancha.
Frazquillo.
Julian.
Una Niña.
Un Alcalde.
Un Escribano.

Calle, con una casa, puerta y reja usuales. Salen la Pugitos, Modorro, Apolinaria, y Medio-culo, siguiendo á Conchitas, de guardapies y mantilla.

Conch. La calle del Lavapies
es ésta: vamos, muchachas,
que si yo mal no me engaño,
aquella ha de ser la casa.
Pug. ¡La gente que hay á la puerta!

Voces de los que estan á la puerta.

Julian::: Tia Mari-Sancha:::
Frazquillo:::
Pug. ¿Qué apuestas que

 que-

quedamos arreboladas,
y sin vesita nosotras?
Conch. ¿Por qué?
Pug. ¿No ves la canalla
que porfia por entrar?
Conch. Es que son bayles de fama
los de casa de mi prima:
lo ménos tiene guitarra,
violin, bandurria, y toda
llena de asientos la sala:
y no es como en otras partes
que convidan con fanfarria
á los fandangos, y luego
son quatro descamisadas,
y dos pares de piejosos,
que nenguno tiene gracia
pa tocar un estrumento.
Medioc. Pues pide licencia, y llama
á la puerta.
Conch. ¿Yo licencia?
en jamas gasté palabras
ociosas. Vamos á un lado,
no se les manchen las capas,
que vengo untada de aceyte.
Pocho. Despacio, Señora guapa,
que ántes estamos nosotros,
y no hemos logrado nada.
Cuchar. Si á nadie quieren abrir,
¿de qué sirve esa pujanza?
Conch. ¿No quieren abrir á nayde?
eso será á la gentualla.
Déxenme llamar, verán
qué pronto las hago cabran.
Ellos. Poco á poco.
Conch. Pues á un lado.
Poneivos detras, muchachas;
y venid.
Todas. Ya te seguimos.

Salen Doña Juana, y Doña Leonor, y Don Jorge, de Petimetres.

Juana. ¿Con que tú de buena gana
vieras algun fandanguillo
de candilejo?
Leonor. Me baylan
las piernas solo de oir
las bandurrias destempladas,
y las voces de becerro
con que estas gentuzas cantan.
Juana. Tampoco para mí hay rato
como verlos dar zancadas,
y á ellas como sin escuela
en un concurso se plantan
con desenfado á saltar,
y salga allí lo que salga;
quando á nosotras nos cuesta
mas estudios, y mas plata,
saber baylar, que á los hombres
el graduarse en Salamanca.
Jorge. A mí, como que son gente
sin vergüenza, no me espanta.
Leonor. Pues bien puede usted mirar,
si hay bayle en alguna casa
conocida, porque á mí
me han asaltado unas ansias
terribles de ver baylar.
Jorge. Allí hay una; mas la entrada
nos será dificultosa.
Juana. Vamos, no sea usted machaca;
ya hemos dicho que queremos
ver por un rato esta zambra.
Jorge. Eso es exponerse:::
Juana. ¿A qué?
Jorge. A que la mala crianza
de esa gente nos desayre,

y suceda una desgracia,
porque yo soy un demonio
en viéndome con espada.
Juana. Pues envayne usted.
Leonor. Todo esto
es gastar pólvora en salvas.
Si en estos hombres es raro
el que es bueno para nada:
si hubieras dicho al Cadete
tú que nos acompañara,
ya estuvieramos servidas.
Jorge. Proponer las circunstancias
agravantes de las cosas,
no es, Señoras, repugnarlas:
vamos, que yo tambien sé
hacer respetar mis barbas;
y espero que abran la puerta
sin mas que saber quién llama.
Juana. Agarre usted de la mano,
y cuide usted de mi hermana,
y tambien del Sobrinito.
Voces. Juliana::: Tia Mari-Sancha:::
Frazquillo:::
Conch. No hay que empujar,
ó comienzo á manotadas.
Todos. Poco á poco.
Jorge. Dios me saque
con bien de empresa tan ardua.

Salen el Abate, y el Señorito.

Abate. Señorito, mire usted
qué lindo par de muchachas
van con ese Petimetre.
Señor. Que se me da á mí, ¡qué vayan!
Ayo mio, este paseo
no me divierte, y me cansa.
Vámonos ácia el Retiro,
que hay flores; ácia la plaza,
que hay fruta; ó á ver las calles,
donde la Procesion anda.
Abate. Hombre, esas son niñerías;
y á usted ya la edad le basta
para pensar cosas grandes,
como cortejar Madamas,
conocer el vario mundo,
y entrar con todos en danza.
Señor. ¿Y si lo sabe mi madre?
Abate. Por ahora está ocupada
en rezar sus oraciones:
y bien sabe á quién encarga
su hijo: venga usted conmigo,
que no le daré crianza
opuesta á la de los que
mas en Madrid se señalan.
Señor. Si á mí esto no me divierte.
Abate. Ahí veréis vuestra ignorancia:
y es menester por lo mismo,
que la diestra vigilancia
del Ayo, á quien os confian,
la venza con la enseñanza
de lo bueno, y de lo málo;
porque no digais mañana
que no os enseñé de todo.
Señor. Yo haré lo que usted me manda.
El diantre del hombre, en viendo *Ap.*
mugeres, no hay quien le haga
andar: parece á los machos,
que por los Mesones pasan,
que dicen que se detienen
porque huelen la cebada.
Abate. ¿Qué gruñe?
Señor. Voy estudiando
la leccion para mañana.
Abate. Eso importa ménos: ahora
vaya estudiando en las caras

que se encuentran, lo dificil
de encontrar la semejanza
en unas mismas especies
de un mismo modo criadas.

Señor. ¿Y eso qué es? ¿Filosofia?

Abate. Y de las mas delicadas.

Jorge. Dexen ustedes llegar
á la puerta estas Madamas.

Conch. Luego que entremos nosotras,
quedará desocupada;
y pueden entrar en vez.

Jorge. No sean desvergonzadas.

Juana y Leonor. No sea usté así.

Conch. Mate Usía

Dale un bofeton á Juana.

esa chinche con la pata,
no se le ensucie la mano.

Jorge. Si á que es muger no mirara:::

Juana. ¿Quiere usted callar, D. Jorge?
llame usted por la ventana,
y responderán mas breve.

Jorge. ¿Que quieran unas Madamas
como ustedes en el corro
entrar con esta canalla?

Leonor. En mí es antojo.

Juana. Y en mí
es mas que purísima gana.

Sale Marcos de majillo con la Tomasa, y detras Don Sebastian de capa, á la larga, y ella cada instante vuelve la cabeza: por otro lado, la Culebra, y Manolo de majos.

Manol. ¿Con que hay un rato de broma
en casa de Mari-Sancha?

Culeb. ¡Toma si le habrá! á la ley.
Mira, mira si hay parada
poquita gente á la puerta,
y gente de circunstancias.

Manol. ¿Y qué hemos de entrar un rato?

Culeb. ¿Se habia de quedar sin cartas
el mejor jugador? ¡toma!

Juana. Llame usted á esa ventana
con brio, ó tome una piedra.

Jorge. Si se hacen sordos, y callan.

Marc. Vuelve en quando en quando tú,
qué eres mas disimulada,
la cabeza, no sea caso
se pierda entre gente tanta
el Señor Don Sebastian.

Tomasa. Siguiendo viene á la larga:
y si se pierde, mia tú
qué Mayorazgo.

Marc. ¡Qué entrañas
tienes tan duras, muger!
¿pues no vale mas la gracia
con que el pobre Caballero
á qualquier parte que vayas,
va por si te se ofrece algo,
ó si acaso te da gana
de beber, ó merendar?
Y con otra circunstancia,
que no es de aquellos que hacen
de los San Benitos gala:
siempre cuenta lo primero
conmigo, y no me regala
ménos que á tí. Estos son hombres,
que al fin á un hombre agasajan
tanto como á su muger,
y le hacen acompañarla;
porque todo el mundo sepa
que en esto no cabe trampa.

Bien

Bien puedes agasajarle,
que no hallarás otra ganga.
Tomasa. Pues ves, y dile que quiero
entrar en alguna casa
de estas á baylar.
Marc. Muger,
¿y si por eso se enfada
el Señor Don Sebastian?
yo con esas embaxadas
no voy, que me da vergüenza.
Tomasa. Pues yo se lo diré en plata.
¿Don Sebastian?
Sebast. Calla, chica;
que la mas gente que pasa,
es conocida: y no gusto
que nadie me dé matraca.
Marc. Ya se lo digo yo; pero
no hay forma de sujetarla.
Tomasa. ¡Y no pudiera qualquiera
tener que yo le llamara
á muchísima de la honra!
Sebast. ¿Quién te lo niega, Tomasa?
sí, hija mia; y yo el primero.
¿Qué es lo que quieres? ¿naranjas?
¿ó bollos de fantasía?
Tomasa. Entrar á ver dónde baylan,
y dar quatro vueltas.
Sebast. Eso
es una cosa arriesgada;
porque luego hay mil camorras,
y un hombre no gana nada,
si le conocen.
Tomasa. No entrar:
aguárdeme usté á que salga
en un portal, ó en la calle:
y si de esperar se cansa,
mudarse; que á bien que yo
no le tiro de la capa.
Marc. Muger, ten prudencia.
Tomasa. Mira
que ahora no estoy para chanzas.
Sebast. No merezco yo ese trato.
Marc. ¿Ve usted lo que esta mañana
le dixe yo á usted? si no hay
otro medio que dexarla
salir con todos sus gustos,
si ha de haber paz en la casa.
Vamos donde tú quisieres.
Voces. Frazquillo::: Tia Mari-Sancha.

Sale Mari-Sancha á la reja.

Mari-Sanch. ¿Qué bulla es ésta? si sale
mi marido con la tranca,
yo sé que habrá mas de quatro
cabezas descalabradas.
Jorge. Señora, venga uste á abrir;
que ha rato que estas dos damas
esperan.
Mari-Sanch. ¡Ola! ¿Y de parte
de quién vienen convidadas?
alabo yo la llaneza.
Conch. Dile á tu marido cabra,
que estamos aquí nosotras.
Mari-Sanch. Ya estaba desesperada
de esperaros.
Manol. Diga usted,
que está aquí el de la guitarra.
Mari-Sanch. Ahora baxarán á abrir.

Vase cerrando.

Marc. No hay sino empujar de gana
quando abran, y entrarse todos.
Sebast. Estar un rato, y á casa.
Tomasa. No nos venga usted con prisas:
yo

yo haré lo. que me dé gana.
Manol. Ya han abierto: vamos, chica.

Abren, y da voces alter nadas.

¿Frazco? ¿Tia Mari-Sancha?
Aguarde usted::: Tenga modo:::
¡Ay mi mantilla::: ¡ay mi capa:::
Abate. Señorito, venga usted,
que allí parece que se arma
fiesta, y nos divertirémos.
Señor. ¿Y si nos dan de puñadas? (bre
Ab. ¿Qué han de dar, viendo que un hom-
de mi carácter les habla?
vamos.
Señor. Vaya usted delante.
Abate. ¿A qué es toda esa algazara?
aguarden á que pasemos
las gentes de circunstancias;
y luego entrará la Plebe,
si cupiere. Aquí á mi espalda,
y empujar.
Señor. ¡Ay, que me pisan!
Abate. No hay que reparar en nada.
Voc. Voto á brios::: no hay que empujar.
Jorge. Que hay aquí una embarazada.
Juana. Haga usted lugar, Don Jorge.
Voc. ¡Ay mi basquiña::: ¡ay mi capa:::

Forcejeando, y gritando con los versos antecedentes se van entrando. Casa pobre, con bancos, sillas rotas &c. Frazquillo y Julian, cada uno con candil en la mano, y Mari-Sancha muy maja.

Mari-Sa. ¿Qué haceis ahí con esas luces?
despacharos á colgarlas.
Jul. Tenla, que voy á poner
una soga atravesada,
porque la iluminacion
esté mas proporcionada.
Mari-Sanch. Es imposible que quepan;
y eso que es grande la sala.

Sale Marcos.

Marc. ¡Jesus, muger, quánta gente!
Mari-Sanch. Déxalos entrar.

Salen todos, y se acomodan de tropel: algunas en el suelo; Marcos sobre un canto debaxo de un candil; y Don Sebastian en pie.

Todos. Deo gracias.
Mari Sa. A Dios sean dadas. Señores,
yo quisiera que la sala
fuera un Palacio, y que hubiera
bancos ó sillas de paja
para todos; pero en fin,
la buena voluntad basta.

Sale el Abate y el Señorito.

Señor. Por usted:::
Todos. ¿Qué ha sido eso?
Señor. ¡Ay mi madre de mi alma!
Abate. No hay que dar cuidado: esto es
que le han dado una pedrada
en el ojo. Haga usted gusto
de sacarle un poco de agua.
Julian. Vaso no hay; mas si usted gusta;
le sacaré la tinaja,
que llena está á prevencion,
por si á alguien le da gana
de refrescar.
Abate. En baylando,

sé

se acabó; que eso no es nada.

Mari-Sanch. Vamos: ¿quién toca?

Pocho. Aquí estan
el violin, y la guitarra.

Mari-Sa. Luego vendrá la mandurria,
que por estar convidada
en otra parte primero,
no ha venido.

Conch. Pues, muchachas,
como dixo el otro, alguna
debe ser desvergonzada
primero: vamos baylando.

Pocho. Vamos, templad esas gaytas,
miéntras enciendo un cigarro,
y echamos dos bocanadas.

Juana. Esto es un gusto.

Jorge. En mi vida
gusté de la gente baxa.

Mari-Sanch. A la mitad no conozco.

Julian. ¡Y qué! quando en una casa
hay semejantes funciones,
se debe dar puerta franca.

Marc. ¡Por vida de los demonios!

Le caen chispas encendiendo Pocho el cigarro.

¿No mira usted que me abrasa?

Pocho. Pues quitarse de debaxo,
que aquí maldita la falta
hace uste, aunque no viniera.

Marc. ¿Quéva que va uste en volandas
de un puntapie á suplicar
al Sol, que le preste una ascua
para encender el cigarro?

Pocho. Manuela, tenme esa capa,
verás que presto le quito
la costumbre de echar plantas.

Sebast. Suplico á usted, Caballero;
que el Señor ha hablado en chanza.

Pocho. Y si no, que hable de veras.

Julian. Caballeros, á mi casa
se viene á lo que se viene:
mas bulla, y ménos palabras.

Sebast. Es posible:::

Marc. Ya usted sabe
que no soy de los que aguantan;
y ninguno como usted,
que ha tres años que nos trata
á aquella y á mí con toda
la posible confianza,
y sabe mi genio. Eso
de que qualquier camarada,
verbi gracia, como usted,
se chancee; y verbi gracia,
vaya á mi casa, y me diga
quando quiera, que entre ó salga,
vaya con Dios; que las gentes
no han de gastar pataratas:
pero eso de echarme á mí
chispas encima::: ¡caramba!
no saben ellos quién es
el Majillo de Aravaca.

Julian. Pues vaya, Señor Majillo,
se acabó.

Marc. Si usted lo manda,
se acabó; que en este mundo
no hay nengun hombre que haga
mas presto un gusto á un amigo.

Conch. Vamos baylando, muchachas.

Baylan seguidillas las majas; Don Sebastian se sienta en la piedra que estaba Marcos, llegan á encender cigarros, le caen chispas, se las quita, y calla.

Tomasa. ¿Baylo yo, Don Sebastian?

Se-

Sebast. Lo que tú quieras.
Tomasa. Pues vaya,
salga uste á baylar conmigo.
Sebast. Hija, por todas las santas
Vírgenes y Viudas, que
no me expongas á que hagan
burla de mí.
Tomasa. De sobra hay
buenos mozos en la sala;
no se altere usted por eso.
Mari-Sanch. ¿Qué hace la gente parada?
Puj. Nosotras ya hemos baylado.
Conch. Que salgan esas Madamas
de agüecador, y verémos
respingar á las campanas.
Jorge. ¿Y esto ha de aguantarse?
Juana. ¡Toma,
y qué de poco se espanta
el amigo!
Modor. Salga Usía,
Señora.
Leonor. De buena gana.
Jorge. Yo doblaré las mantillas.
Mari-Sa. Tambien sabemos doblarlas
por acá.
Leonor. Vamos, Don Jorge.
Abate. Señorito, á esa Madama
que es linda.
Juana. ¿Y no bayla usted?
Abate. La gente condecorada,
á veces por el puntillo:::
Juana. Pues acaso en una casa
de satisfaccion, como ésta,
¿qué reparo:::
Abate. Basta, basta;
que hombres como yo, con ménos
sones que les toquen, baylan.
Puj. Chicas, á tomar escuela,
por si se ofrece mañana
un bayle de fundamento.
Modor. El demonio eres tú: calla,
no seas provocativa,
Conch. Di tú que digan palabra,
verán qué presto me limpio
los mocos con sus enaguas.
Julian. ¿Quiere Usía baylar menuete?
Abate. Mi Señorito lo bayla
de primor.
Todos. Pues baylen uno,
despues seguirá la zambra.
Juana. Yo haré lo que ustedes manden.
Julian. Pues toca el violin, Cuchara.
Cuchur. No poner nombres á nayde.
Mira tú cómo acompañas.

Baylan Doña Juana, y el Señorito, y entretanto dicen las majas.

Puj. ¡Qué lástima que la tierra
se coma esta filigrina!
Medic. ¡Has visto tal sosería,
muger!
Conch. Son muy resaladas
todas estas Petimetras.
Puj. ¿Y se sabe á qué hora acaba
de dar vueltas al redor
de la pieza sin substancia?
Julian. Perdone usted, Caballero,

Encendiendo un cigarro.

que le he quemado la capa.
Sebast. No importa. ¡Qué no fuera esa
la postrera bocanada! *Ap.*
Todos. Vitor, vitor.
Mari-Sanch. Sin pararse,

las seguidillas, Madamas.
Chica. Tambien yo baylo.
Conch. Mocosa,
aguárdate, noramala;
¿qué te quieres comparar
con las mugeres casadas?
Chica. Ya se ve; que para eso
estoy dentro de mi casa,
y baylaré quando quiera.
Conch. Mira si un poco me enfadas,
y te doy un puntillon.
Mari-Sa. ¿Y por qué tú has de cascarla?
Mira si vas por la puerta,
cantando la nininana,
al son de quatro sopapos.
Abate. Miéntras esotras se arañan,
vamos baylando nosotros.
Jorge. Toque usted esa guitarra.
Julian. Vamos callando, que no
quiero riñas en mi casa.
Mari-Sa. Pues hombre, si me provoca.
Conch Si es una desvergonzada.

Se ponen á baylar; y ántes de acabar, dice Marcos sus dos versos, da vuelta á la soga, caen los candiles, y andan á obscuras en confusion.

Marc. Yo me voy á columpiar
de esta soga, miéntras danzan.
Sebast. Anda con Dios: me han echado
á perder toda la capa.
Juana y Leonor. ¿Don Jorge?
Señor. ¿Ayo?
Abate. ¿Señorito?
Tomasa. ¿Don Sebastian?
Unos. ¿Mari-Sancha?
Otros. ¿Quién saca una luz?
Otros. Despacio.
Otros. Mi mantilla.
Otros. Mari-Sancha.
Otros. ¡Ay mis bucles!
Todos. Luz, luz.
Julian. ¿No mira usted cómo anda?
Marc. Muger:::
Sebast. Miente quien lo dice.
Julian. Muger, ¿hay pajuela en casa?

Coge un candil.

Mari-Sa. ¿Por qué no vas á pedirla
á las vecinas prestada?
Julian. Voy.
Señor. Ayo, que me han pisado.
Jorge. Lleven esas manos baxas,
y no despeynen á nadie.
Todos. ¿No hay quién unas luces traiga?

Sale Julian.

Julian. Ya estan aquí.

Salen el Alcalde y Escribano de Justicia.

Escrib. La Justicia.
¿Qué desórden tan extraña
es la que aquí está pasando?
Marc. Este cabo tiene traza
de haber sido en algun tiempo
Alguacil.
Mari-Sanch. Señor, esto no es nada
mas que estar aquí baylando
las gentes en paz y gracia
de Dios; y sin saber cómo,
apagarse á un tiempo entrambas

lue-

luces.
Alcalde. Vayan al Quartel
por ahora ; y despues salga
cada uno quando pudiere.
Seb. Mire usted que hay gente honrada
en la quadrilla : y supuesto
que no hay cosa extraordinaria,
es razon que se le atienda.
Escrib. Con tal que todos se vayan
á la calle , me conformo.
Todos. Todos os damos palabra.
Alcalde. Pero de salir delante
de mí.
Todos. De muy buena gana.
Escrib. Pues de ese modo , acabóse.
Sebast. Tambien el Saynete acaba.
Todos. Suplicando al Auditorio
el perdon de nuestras faltas.

FIN.

En dicha Librería de Quiroga , calle de la Concepcion Gerónima , junto á Barrio-Nuevo , se hallará asimismo un gran surtido de Comedias antiguas, Tragedias y Comedias nuevas, Autos, Saynetes , Entremeses y Tonadillas.